



Universidad de Córdoba



•900044469•

61176630x

212736491

El "Agujero" del río Guadalmedina (Málaga) Un puente natural en aluviones recientes

por

Juan Carandell.

Catedrático del Instituto Nacional de 2.ª Enseñanza de Córdoba.

A unos seis kilómetros de Málaga, Guadalmedina arriba, existe un notable fenómeno de erosión fluvial, que, si siempre merecedor de algunas líneas explicativas de su génesis, lo es tanto más cuanto que se trata de un paraje asequible, visitado con frecuencia, y que, por añadidura, marca el paso de una importante carretera, tendida desde la capital a Antequera, atravesando el relieve complicadísimo de los Montes de Málaga y la Cordillera Bética. Razón de más si se tiene en cuenta la obra de ingeniería: la presa, que, deteniendo y embalsando las aguas salvajes del río Guadalmedina, con el fin de atajar y remediar en lo posible las inundaciones de Málaga, hará que el pintoresco «Agujero» desaparezca para siempre bajo el grandioso lago artificial que, en forma de pantano, llenará el angosto y profundo barranco de rápidas y taladas laderas.

La presa (fig. 1) cierra el paso del Guadalmedina en el punto en que el río abandona la zona de pizarras y hace irrupción en la planicie de aluviones, formada por los abanicos aluviales del propio Guadalmedina, del Guadalhorce y del Campanillas. Esta faja costera, al pie de la abrupta Cordillera Bética, representa un estadio incipiente de creación o «agradación», y por esto los ríos citados, pero más concretamente el Guadalmedina, la cruzan con trazo rectilíneo, propio de cursos fluviales, que, por su desnivel acentuadísimo, torrencial, y por la enorme superficie de alimentación que supone la complicada topografía pizarrosa—asociación de hoces profundas y cuchillas enhiestas—, llegan al mar con enorme velocidad.

Ahora bien: observando los lugares donde se asienta la presa que va a barrar las aguas del temible barranco malagueño, la inspección más somera descubre sobre la estructura autóctona de pizarras enormes espesores de aluviones: grandes cantos rodados, de rocas verdes, con otros de cuarcita, empastados en arenas o materiales finos. Por su altura, a un centenar de metros sobre el mar, bien cabe suponer que estamos ante



una terraza aluvial cuaternaria, o acaso mejor pliocena, sincrónica de la

serie de depósitos fluviales que flanquean el litoral malagueño, y en lo que el mar corta acantilados.

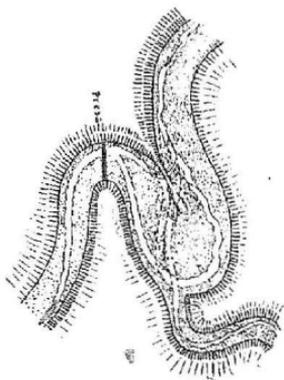


Fig. 1.

Esta terraza, antes continua, hoy fragmentada, representa una fase pretérita de arrastres intensiva. En su espesor, los mismos ríos que la depositaron abren sus actuales cauces, dejando aquí y allá retazos-testigos. Todo indicaría, o bien que a esa fase anterior de grandes acarrees, reflejo de un clima altamente húmedo, habría sucedido otra fase muy seca, durante la cual el mar habría ido cortando la antigua planicie costera, mucho más ancha que en la actualidad, o que, a causa de un movimiento de elevación general del territorio, la erosión habría entrado

en un nuevo ciclo al rejuvenecerse la actividad fluvial a causa del descenso del nivel de base.

En favor de ambas hipótesis hay argumentos, pues en las proximidades de Málaga, en El Palo o en Torremolinos, etc., hemos observado cómo los salientes de la costa, representados por materiales mesozoicos, forman «rasas», cuyo relieve, aplanado, refleja acción erosiva del oleaje, con todas las condiciones topográficas de las terrazas de abrasión marina que han experimentado movimiento de emersión (análogas a las del Cantábrico o a la del litoral levantino de Mallorca).

**

El hecho a considerar es la terraza, cuyos aluviones aparecen junto a la presa, y se insinúan aguas arriba de ésta, adentrándose por las hoces y recónditos zig-zags del Guadalmedina y barrancos que a él afluyen (fig. 2).

El rejuvenecimiento del régimen fluvial está traducido por la enorme profundidad a que se encuentra el actual lecho con respecto al límite superior de los aluviones; junto a la presa, esta profundidad alcanza unos 60 metros.

Las aguas del Guadalmedina baten el sector cóncavo del meandro, el cual ha quedado limpio de dichos aluviones; sólo algunos restos aparecen respetados en lo alto de las cuchillas pizarrosas, y así se ven en los cortes del ramal nuevo de carretera que pasa por encima de la presa.

La corriente tiende a seguir el movimiento circular impuesto por el

meandro, y en los momentos de grandes temporales, en que aquélla desarrolla velocidades inauditas y adquiere poder erosivo extraordinario, es reflejada contra la margen contraria de la gran herradura que el Guadalmedina describe.

Se colige el término de este proceso: el meandro es estrangulado, rectifica el río su cauce y sólo en esos períodos lluviosos, realmente torrenciales, adopta allí el Guadalmedina su antigua trayectoria. Cesado el temporal, reducida la avalancha de agua a un insignificante riachuelo, el Guadalmedina deja en seco la gran curva (fig. 3).

Mas lo curioso del caso que examinamos no queda aquí, pues ejemplos de meandros abandonados los hay en todos los ríos, aunque no sea ya tarea tan fácil citarlos en torrentes o en tramos torrenciales. Lo notable es que la rectificación operada por el propio Guadalmedina en su cauce debe de datar de época recientísima, y que el «Agujero» significa que las márgenes opuestas de la herradura (en realidad, la margen derecha, suponiendo que deshiciéramos la curva) del meandro encajado, hendid

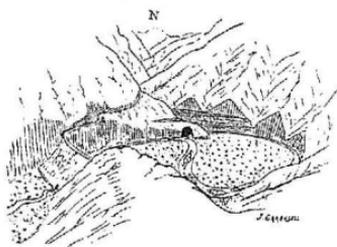


Fig. 3.

do en el espesor de la antigua terraza hasta descubrir el substratum pizarroso, han ido aproximándose paulatinamente, acabando por corroer el débil tabique natural de separación. La compacidad del conglomerado de aluviones antiguos ha evitado, seguramente, que se hundiese el pedúnculo que constituye la especie de península rodeada por el cauce exterior semicircular, si no es que la fuerza erosiva del Guadalmedina ha realizado su trabajo de horadamiento con mayor rapidez que la obra destructora de las aguas de lluvia en el istmo de esa especie de península. Las aguas de crecida han barrido ya casi todo el territorio comprendido en el interior del antiguo meandro, el cual está ocupado por las gravas de rigor; aquél forma un pequeño espolón adosado contra las pizarras autóctonas, y en su espesor está, como hemos dicho repetidamente, el famoso «Agujero» (figs. 4 y 5).

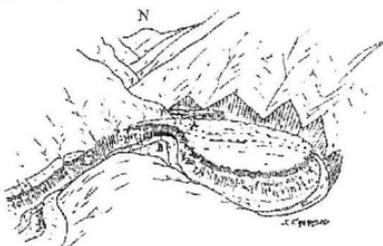


Fig. 2.

Como ilustración a esta descripción explicativa del «Agujero» del Guadalmedina, que muy en breve no se podrá ver más que en fotografía,

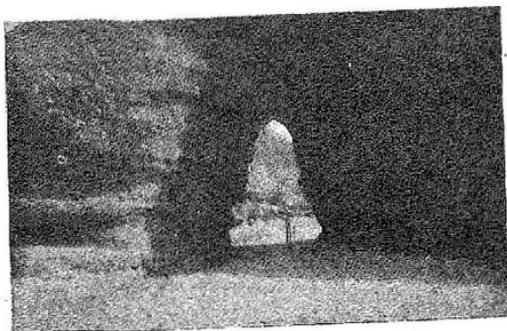


Fig. 4.—Un aspecto del «Agujero».

y por nuestra parte ofrecemos las que debemos a la gentileza del ilustre in-



Fig. 5.—Un aspecto del «Agujero».

geniero Sr. Jiménez Lombardo, nos referimos a la que aparece en el artículo de H. D. Miser, K. W. Trimble y Sidney Paige («The Rainbow Bridge Utah») de la *Geographical Review*, octubre 1923, páginas 518-531. Basta en ella cambiar el sentido de las flechas para tener una representación bastante aproximada del «Agujero», que, si está abierto en conglomerados, el Rainbow Bridge del pequeño cañón afluyente del Colorado se abre en areniscas.

Añadamos, finalmente, que el movimiento circular de las aguas del meandro y la fuerza ofensiva de su embate han estado constantemente reforzados por la afluencia de un barranco que se vierte por la margen

izquierda y en dirección que precisamente incide sobre el paraje donde ha quedado abierto el «Agujero».